

Las tres Elenas

Verónica González Laporte

Empleada de la embajada de México en París, Hélène tiene una tarea difícil: debe ir por una importante escritora mexicana, quien al lado de su hija lleva muchos años viviendo exiliada en la tierra de Molière, para llevarlas al aeropuerto, donde tomarán el avión de regreso a su país. Lo que Hélène encuentra en el departamento de las dos mujeres no es, sin embargo, lo que esperaba.

Para Geney Beltrán Félix, también por su Elena

Ella le abrió la pesada puerta de madera reforzada con metal de su departamento en la planta baja de un viejo edificio *haussmannien*. Bostezó. Hélène Ribera de la Souchère la miró atónita. Las que habían sido las piernas más bellas de México —*dixit* la Poni— calzaban unas vulgares pantuflas raídas. La anciana contempló el resto del atuendo: una bata afelpada de color indefinido demasiado grande para ella. Pero, ¿todavía no te vistes? Le preguntó con dureza. Elena Garro se dio la media vuelta sin responderle. Caminaba a pasos acelerados por una sala oscura, con el pelo como trigo revuelto, como si acabara de levantarse. Hélène se acercó a los ventanales y abrió las cortinas de un tajo. No pudo distinguir el olor penetrante de los gatos: el mismo imperaba en su propia casa, en los suburbios de París. Mira, en un rato salen a México y tú ni siquiera estás vestida, ¿dormiste siquiera un poco? Procuraba hablar con una suavidad que le era desconocida, sabía que a una criatura etérea como ella, no podía tratarla como a las demás.

Elena volteó el rostro hacia la luz mortecina de noviembre, dio una chupada a su cigarrillo Lucky Strike y expiró lentamente, contemplando las volutas del humo. Acaso recordaba cuando de niña había prendido fuego a la casa de la señora Cortina, por el puro gusto de ver bailar las llamas frente a sus ojos; cuando había

intentado ahogar a su hermanito en la fuente de su patio y que el perro ladró hasta que los adultos le hicieron caso. Acaso recordaba la alberca azul de la casa de su tía en la colonia Roma, los libros de su padre, sus años de bailarina, sus años de reportera, las acusaciones que habían pesado en su contra por manifestar su postura política, las fiestas de artistas y escritores en Estados Unidos o en Japón, las comidas en restaurantes de lujo, la ropa fina... Sus treinta años de vida común con Octavio —para ti ya no soy Octavio, soy Octavio Paz, le decía él cuando se ponía majadero—. Salen a México a las 11, sí lo recuerdas ¿verdad? Elena le dirigió una mirada lapidaria. ¿Dónde está Helenita? ¿Dónde están sus cosas?

Allá, dijo por fin. Allá era un campo de guerra. Las maletas despanzurradas estaban a medias, desperdigada por toda la casa la ropa yacía sobre los muebles, las camas. Los libros, muchos de ellos abiertos, a ras del suelo. La basura acumulada en la cocina. Y los gatos enloquecidos corrían por todos lados. ¿Cuántas jaulas tienes? Varias, como cuatro o cinco. No serán suficientes, cada gato necesita una, menos mal que vine temprano... Afuera está el chofer, le voy a pedir que corra a comprar más jaulas. La aerolínea autoriza sólo dos, pero no te preocupes, vamos a pagar por todos. Recuérdame, ¿cuántos me dijiste que eran? Ya tienes todos los papeles, ¿ver-

dad? Los permisos sanitarios... Trece, la interrumpió secamente su amiga, trece... Si se te complica, podrías dejarme algunos, tú sabes que los amo tanto como tú, dijo Hélène. De ninguna manera —espetó Elena—, es la única familia que me queda.

Gatos. Siempre los gatos. Si la reencarnación existe, a Elena le hubiera gustado reencarnar en gato, porque los gatos tienen siete vidas, había declarado en una entrevista. Aunque aquellas mujeres tenían mucho más en común. Las letras y la prensa, España y Francia, México y las convicciones políticas. La vida a contracorriente, como negación perpetua de las convenciones sociales, la muerte como una vida permanente. La muerte... a ninguna le daba miedo. A Elena, sólo le aterraban la oscuridad y el infierno, a Hélène enamorarse a último momento y no poder gozarlo. Ambas querían morir dormidas, a falta de poder hacerlo en el escenario y sin percatarse de ello, como Jean-Baptiste Poquelin, Molière.

Elena, poblana de origen, había llegado a España recién casada con Octavio Paz para participar en las brigadas internacionales de resistencia civil en 1937. Hélène se había enrolado en el ejército republicano, para el horror de su padre, aristócrata y helenista —de allí su nombre—, dueño del castillo de Antibes y coleccionista de arte, quien dejó de dirigirle la palabra cuando ella se convirtió en corresponsal de guerra en América Latina. Un día el embajador de México en Francia, Carlos Fuentes, la invitó a ser su agregada de prensa. Desde entonces y casi hasta el final de sus días, Hélène permaneció en la embajada. Había envejecido cultivando un aspecto muy suyo: corte de pelo de soldado raso, moño oscuro atado al cuello a manera de corbatín, saco y pantalón de hombre de *tweed* de la mejor factura. Aquella que había sido educada con esmero por una familia de la alta nobleza francesa solía caminar despacio, con las manos en los bolsillos. Miraba con descaro a las mujeres jóvenes y, si la ocasión lo ameritaba, en alguna recepción de un 15 de septiembre, a la luz de las lágrimas de Baccarat de los candiles, con su marcado acento murmuraba como un albañil de la Bondonja: “¡qué rrrricas nalgas!”. Siempre que un nuevo funcionario llegaba, al verla preguntaba a alguno de sus compañeros quién era ese viejito gruñón y por qué se cortaba tanto al rasurarse. Es señora, respondía con un codazo el interpelado, mientras Hélène ronroneaba de gusto. Más de una vez, la habían encontrado saliendo del baño de hombres, en el segundo piso. Vivía con varias decenas de gatos que la corrían de su cama, se comían su comida, se trepaban sobre ella y la enviaban a la oficina arañada como santo cristo. Ella decía que en su casa el jefe de familia era un gato. No tenía tantos como su amiga Marie-Thérèse que vivía con 68 felinos en 28 metros cuadrados cerca de Montmartre, pero eran muchos más de los que podía cuidar. Para atarantar su culpabilidad de no poder darles cobijo a



Elena Garro

todos los gatos huérfanos de París, a diario iba a alimentar a cuantos alcanzaba en las afueras de la abadía de Cluny, en el Barrio Latino. Se le iba el sueldo en croquetas. Se quedaba dormida sobre su escritorio, después de leer el obituario de *Le Monde*, que espulgaba con cuidado para saber cuál de sus amigos había muerto. Empeñada en seguir dirigiendo la revista cultural de la embajada, terminaba vencida por la modernidad, exhausta de teclear en el tablero de una computadora con la que peleaba a diario, con el chaleco de lana cubierto de pelos.

Una mañana de invierno volvió después de varios días de ausencia por enfermedad. Gritó al salir del elevador “¡estoy viva!” con la esperanza de que los funcionarios se hubieran preocupado. Durante su convalecencia el jefe de la casa había tenido a bien perforarle una vena con una garra. Hélène levantó airoso su brazo a la altura de la nariz del primer secretario y lo amenazó, coqueta, con hacerle un *striptease* mientras se quitaba de a poquito el parche de la muñeca. Hélène Ribera de la Souchère era como los cuadros *art déco* que Ángel Zárraga pintó para la embajada de México cuando se construyó: un monumento nacional.

Elena seguía de cerca la vida de sus gatos. Sabía cuál de ellos se acostaba con cuál otro, quiénes eran los hijos de unos y otros y, como su amiga, se los quedaba todos. Estaban Conradino y Pancho, amantes atentos con sus gatitas; estaba Petrouchka con el Negrito, un macho tierno que había recogido en la calle y que se había metido a casa de ellas como ventarrón, como si les perteneciera desde siempre. Estaba uno güerito, con cara



Helena Paz

de tontito. Le pusieron el Mameluco. Helenita Paz se lo encontró en el Metro, aterrado frente al paso de los trenes, maullando de lado a lado de los andenes. Ella lo envolvió en su abrigo y se lo llevó a casa en donde siguió maullando y corriendo como si tuviera frente a sí todos los vagones de todos los Metros de Europa. Nunca se callaba. Hasta que Elena se recostaba y lo regañaba: mira Mameluco, tontito, no sabes qué mal me siento, ay Mameluco, deja ya de chillar... Y el gato se recostaba junto a ella y le lamía las manos pequeñas y descarnadas. Estaban Pico, el hijo de la Lola, una que había sobrevivido a un atropello en Saint-Germain-des-Prés, Nino, el de la cara triste, Wendolina, la de los ojos verdes como gemas. Los gatos... por culpa de ellos Elena se había enojado con Bioy Casares, ese amor loco, al que vio muy poquito, acaso un mes, y con el que mantuvo una relación epistolar durante años. Porque Adolfo recibió al Tony, a la Ana María y a sus gatitos de regalo, en una caja que había viajado por avión desde Nueva York, y en lugar de cuidarlos como ella lo esperaba, los mandó a una quinta y, colmo de los colmos, se había atrevido a capar al Tony. De todo ese linaje ahora quedaban trece gatos y había que regresarlos a México a como diera lugar.

No me quiero ir, susurró Elena. Si no fuera por la insistencia de Helenita de volver a México, si no fuera porque nos prometieron una casa y un buen trabajo... Llevas más de veinte años fuera, es demasiado, replicó su amiga levantando la ropa del suelo. Es tiempo de volver, no puedes andar por la vida de exiliada permanente, si lo sabré yo. Anda, yo te ayudo a guardar tus cosas, seguro te van a estar esperando hasta con mariachis en el aeropuerto.

Hélène salió a la calle a dar instrucciones al chofer y cuando volvió al departamento vio a Helenita surgir en el quicio de la puerta de la cocina como una aparición. Ves-

tía un camisón blanco sin nada debajo. El aroma a café recién hecho invadió todo el departamento. Por favor, vístete y ayúdame a guardar todo esto, gimió Hélène —la “r” de su acento francés era cada vez más gutural.

Ambas se conocían bien. La hija del Premio Nobel trabajaba en la embajada desde hacía diez años. Tenía su modesto escritorio de canciller en un pasillo de mosaico veneciano, cerca de la oficina de prensa, entre dos puertas. Ella, a quien nadie confundía con un señor, sin reparo solía tender su mano al funcionario recién llegado. Se presentaba como Helena, la hija de Octavio Paz y de Elena Garro, y cuando lo hacía, la mitad de sus interlocutores huían despavoridos.

Demasiada carga.

¿Café?, propuso Helenita. Está bien, pero sólo uno. Hélène suspiró resignada. Pobre ilusa, pensaba que lo encontraría todo empacado. Las maletas en la puerta, los gatos en sus jaulas, el departamento limpio, listo para ser devuelto a su dueño. *Rien de rien*. No habían preparado nada.

Helenita sonreía por primera vez en mucho tiempo. Había pasado semanas enteras postrada en un sillón, hundida en una profunda depresión, sometida a constantes electroencefalogramas. Conocía la depresión desde niña, era su vieja enemiga, la había heredado de su madre, cuando ella había intentado suicidarse en dos ocasiones, en París, con pastillas y abriendo el gas de la estufa. A veces también la acompañaba el delirio de persecución. Atrás había quedado el entusiasmo que su libro de poemas en francés, con prólogo de Ernst Jünger, había provocado. Estancada en su rango de canciller no tenía ninguna posibilidad de ascenso. Entre la renta del departamento, los cuidados médicos de ambas y alguno que otro novio que la maltrataba, el sueldo de Helenita se esfumaba como el cigarrillo que su madre

consumía aquella mañana cerca de la ventana. El porvenir sólo podía ser mejor. Su madre, la mejor escritora de México, la mejor del siglo XX, no, mejor dicho, la mejor escritora del mundo, mejor aún que Virginia Woolf, sería recibida y reconocida como se merecía, eso, así sería, pensaba Helenita. La miró con ternura mientras Hélène apuraba el café y se daba a la tarea de meter todo en las maletas. Todo lo que se pudiera, en once maletas. Anda, Helenita, vístete ya, que las va a dejar el avión. Traigo una camioneta ¡pero nunca vamos a poder meter todo esto en un solo coche! ¿Por qué no me avisaron que eran once maletas?

Madre e hija guardaron silencio.

Hélène salió de nuevo a la calle, pidió al chofer que la ayudara a conseguir otra camioneta, volvió al departamento pálida y sin resuello. Metió la ropa en las maletas, a diestra y siniestra, sin doblarla. Enfundó libros al azar entre las prendas hechas ovillo. Con la frente empapada de sudor se sentó sobre las maletas para cerrarlas. Mientras, las otras dos Elenas la miraban ir y venir. Fingieron doblar algún suéter, se vistieron con parsimonia. Cuando al fin estuvo listo el equipaje, quedaron las fieras. Hélène corría detrás de ellas como una adolescente tratando de atraparlas. Pobres gatitos... —exclamaba compungida Elena—, el viaje va a ser muy largo... Hélène hacía acopio de toda su paciencia. *Ne me regardez pas...* ¡Mejor ayúdenme a meterlos a sus jaulas! Hélène sabía cómo tratar a los gatos. Pero estos estaban como poseídos por el demonio. Maullaban, escupían, chillaban lastimeros. Amenazaban. Se erizaban, se erguían. Como si adivinaran que iban a ser enjaulados, corrían por toda la casa presas del pánico. Brincaban sobre los muebles, se trepaban a las cortinas, se refugiaban en las repisas más elevadas. Pico arañó a Helenita con furia cuando intentó capturarlo. Era el más tímido, el más quieto, según Elena, pero quedaba claro que Pico, el de hocico blanco, no estaba dispuesto a renunciar al nido que se había hecho con los borradores de un cuento en el fondo del sofá. Helenita rompió en llanto. Miró la sangre perlar sobre su brazo, se sentó en el piso con una rabieta de niña. Pateaba. Babeaba. ¡Lo que nos faltaba, un ataque de histeria! Pensó Hélène.

¡Basta! *Ça suffit* —rugió ella—. Helenita, levántate y si no puedes ayudarme a meter a los gatos a sus jaulas, ¡no me estorbes! El timbre de la puerta vino a interrumpir la crisis. Era el chofer de la embajada, lívido. Los coches las esperan, *madame*, imploró. Los choferes sacaron las maletas, luego los felinos en sus cajas. Las Elenas cerraron para siempre la puerta de su departamento parisiense acribilladas por los insultos de su vecina más cercana: la portera portuguesa del edificio. Semanas más tarde, el dueño buscó, desesperado y sin éxito, cobrarle a la embajada la renovación de su propiedad. La alfombra olía a orines, las cortinas estaban hechas

jirones, los quemadores de la cocina inservibles y los muebles arañados como los barrotes de una jaula de zoológico.

Las Elenas dejaron atrás los puentes abrazados al Senna, la rosácea de vitrales de colores de Notre Dame, el agua del río que en esa época del año se tornaba chocolate. Las fuentes escarchadas de la Place de la Concorde. Los pequeños barcos de vela con los que jugaban los niños en los estanques del jardín de Luxemburgo que dormirían para siempre en sus recuerdos, como en un invierno permanente, congelado.

Llegaron al aeropuerto media hora antes de la salida del vuelo. En el mostrador, Elena sacó su pasaporte... español. Estaba vencido. El jefe de escala protestó, no iba a subir a dos pasajeras sin documentos válidos. Hélène estaba a punto de ponerse a llorar, como lo había hecho Helenita un rato antes. Suplicó, llamó al embajador de México. No sólo estaba el asunto de los pasaportes. El exceso de equipaje era superior a cualquier presupuesto imaginable. El embajador habló a México, después con el jefe de escala y hasta con el capitán del avión de Aeroméxico. Es Elena Garro, es Helena Paz, se lo ruego, nos hacemos responsables, en México habrá quien las reciba para pasar los puestos de revisión, comprenda usted. Comprendió. De inmediato el embajador envió a otro chofer al aeropuerto con diez mil francos en efectivo. Aun así, faltaron mil francos, por aquello de las jaulas, que Hélène puso de su bolsillo.

Cuando el avión despegó, Hélène se sentó dos horas en un sillón de una de las tantas salas de espera del Charles de Gaulle. Le temblaban las piernas tan sólo de pensar en cómo habría de mandarles los libros que se habían quedado en el departamento y que según su apreciación cabrían en unas sesenta cajas.

En México las esperaban los amigos: Emilio Carballido, Rosario Casco y Rafael Tovar y de Teresa, quien había sufragado los gastos de salida y hasta les mandaría periódicamente comida a los gatos. Lloverían los homenajes, las entrevistas. A Elena Garro se le brindaría el reconocimiento anhelado: el Premio Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, el Premio Nacional de Narrativa Colima y el Sor Juana Inés de la Cruz, entre otros. Le esperaban otros gatos, mexicanos, que no habrían de llevarse nunca con los franceses por malandrines. Para apoyar a las Elenas se harían colectas, se les darían becas y Octavio Paz mantendría el pago de una pensión. Pero el dinero siempre terminaría por esfumarse. La "partícula revoltosa", como se designaba a sí misma, habría de apagarse en 1998 convencida de que sus años en Europa habían sido los mejores y que su país no las merecía ni a ella ni a su hija... Hélène vivió rodeada de sus 25 gatos hasta el final, sus escasos recursos sólo le alcanzarían para alimentarlos. Moriría en un hospital en París en 2009, aliviada de no partir enamorada. **U**